

Encuentra tu *inspiración*, echa a volar tu imaginación y participa en el

15^o CONCURSO DE **CUENTOS**



LA ABUELITA DE ALAMBRE

Isidora Catalán (Tiria)

Siempre al salir de la escuela, Klara se daba cuenta de que los demás niños de su curso tenían abuelas extraordinarias. Algunas les cocinaban deliciosos dulces todos los días, que luego podían presumir ante todos, otras les tejían ropa para que no se enfermaran los días de invierno, y muchas otras los iban a buscar a la escuela para después pasar la tarde juntos viendo antiguos programas. Ella no tenía nada que se le pareciera a una abuela cariñosa. Jamás había conocido a las suyas; ni paterna ni materna y sentía envidia de sus compañeros. Sus padres siempre tenían que trabajar, por lo que no tenían tiempo de cocinar, hacerle ropa o ver junto a ella antiguos programas. Por lo que un día, cansada de no tener una abuela con rostro bonachón que la abrazara cuando saliera del colegio, decidió inventarse una. Si todos tienen una abuela que los ama, ¿por qué yo no puedo tener la mía?, se preguntó antes de empezar a crearla. Su nombre sería “Abuelita”, y siempre que estuviera triste o se sintiera sola, se la imaginaría junto a ella. Así volvió el lunes con su nueva abuela, y les contó a sus compañeros, reunidos en un círculo alrededor de ella, que después de unas vacaciones, había vuelto a su casa a vivir permanentemente con ella. Los niños se mostraron algo escépticos por la repentina vuelta de su misteriosa abuela, así que empezaron a hacerle preguntas sobre ella.

– ¿Acaso te cocina todos los días unas galletas? – Preguntó Thomas.

– No, pero hace algo mucho mejor: juega conmigo cuando llego de la escuela y leemos juntas. – Respondió Klara sin dudar ni un segundo.

– ¿Te teje ropa para que no te resfríes en invierno? – Le preguntó Eliza, una niña que no le caía muy bien a Klara.

–Ayer me estaba tomando las medidas para hacerme un abrigo de lana, de mi color favorito. – Volvió a decir Klara, manteniéndose firme.

A pesar de haber dejado a sus compañeros satisfechos con la información sobre su abuela, y parecían haberle creído, Klara pensó que no sería suficiente con imaginarla, por lo que decidió dibujarla para mostrárselas a todos al día siguiente.

–Esta es mi Abuelita, tiene el pelo castaño, ya que le gusta teñírselo a menudo, usa siempre ropa muy bonita y siempre cuenta los mejores chistes. – La presentó Klara con los niños de su curso.

–¡Es muy bonita! – Le dijo María, su amiga más cercana. – No puedo creer que no me hayas contado de ella. –

Esto tomó desprevenida a Klara. Era verdad que con su amiga María compartían todo; así que sólo calló. Por suerte, la profesora había llegado para empezar la clase.

–Buenos días mis alumnos, quiero hacer un anuncio muy especial. El jueves haremos un cuento en el curso, pero con la ayuda de sus abuelas. Las que se ofrezcan podrán venir a contarle cuentos a la clase, el que ustedes quieran, ¡así que anímense a participar junto a ellas!

Luego de la escuela, Klara tuvo que caminar a casa. Vivía cerca, así que le gustaba ir y ver los naranjos y distintas plantas cerca de las rejas de las casas. Mientras salía, pensó en lo que dijo la profesora. ¡Le gustaría tanto que su abuela fuera y les contara un cuento! ..., pero no existía, así que no podía llevarla. Siguió con la idea hasta la hora de cenar, y mientras miraba a su padre, que leía el periódico en la mesa, y a su madre, que estaba concentrada en el programa que pasaban por la televisión, se le ocurrió una idea: Haría que su abuela pudiera ir a la escuela.

Después de comer, se levantó y se fue corriendo a su habitación. Tenía todo planeado: construiría a su Abuelita con los alambres que había encontrado en la acera afuera de las casas. Tenía también algunos trozos de madera con los que trabajar; botones grandes de un abrigo para el cual creció demasiado, y una vieja peluca de su disfraz de bruja de Halloween del año pasado. Había ido a la clase de artesanías de la escuela, por lo que se sentía capacitada para lograr su objetivo. Colocó la foto en la pared frente a su escritorio como referencia, tomó los materiales, y empezó a construir. A los alambres tenía que darles forma con sus dedos, lentamente para no lastimarse. También usó viejos cables rotos. Le tomó bastante tiempo armar a su abuela, pero lo había logrado. Lo único que le faltaba era ropa linda, como en la de su dibujo, así que se dirigió al cuarto de sus padres, y sin hacer ruido, tomó uno de los vestidos de su madre y un frac rosado pálido. Además de un lápiz labial para pintarle los labios a su Abuelita, ya no imaginaria. No podía creerlo: ¡tenía una abuela de verdad!, Klara estaba muy contenta con sus resultados, y estaba segura de que los niños estarían encantados de conocerla.

Llegado el jueves, Klara tuvo que atar una carreta a su bicicleta para poder llevarse a su abuelita, porque no era lo suficientemente fuerte como para llevarla a pie hasta el edificio, aunque quedara cerca de donde vivía.

Cuando miró dentro de su salón, encontró muchas mujeres dentro de la sala: algunas tenían el cabello completamente blanco, algunas largo, otras más corto; algunas eran altas como la profesora, y otras eran más bajas, casi de la estatura de los niños. Klara se sintió un poco intimidada cuando las vio, pero miró a los ojos de botón de su abuelita, y fue casi como si le dijera “Nosotras somos iguales a ellos, así que vamos a hacerlo”. Eso le devolvió la confianza y entró tirando de la cuerda conectada a la carreta. De repente, todas las personas a su alrededor la miraban en silencio, con curiosidad. Nadie entendía qué era esa extraña muñeca que llevaba, incluso la maestra estaba confundida. Klara la levantó de la carreta, y la dejó en el suelo del aula. Tenían la misma estatura, y dijo:

–Esta es mi abuela, Abuelita, y hoy les leerá el cuento de “Si tienes un papá mago”.

–

Todos seguían mirándola sin comprender, pero Klara esperó; esperó a que mágicamente su Abuelita empezara a leer el cuento. Creía tanto en su existencia, que pensaba que no tenía nada que envidiar a las abuelas del resto. Alguien empezó a reírse; era su compañera Eliza. Algunos niños la siguieron, pero la mayoría se mantuvo en silencio por la sorpresa y la compasión que sentían hacia la niña. Klara cerró los ojos fuertemente, y cuando estaba por rendirse, su Abuelita empezó a hablar.

–“Había una vez un niño que, cada mañana, dejaba un sueño a medias...– Relató la abuela ante el salón. Y así siguió hasta el final del cuento. Cuando terminó, todos le aplaudieron, y la profesora le entregó a la abuelita de alambre una taza conmemorativa, y les sacó una foto.

Cuando terminaron fueron a sentarse, y siguieron el resto de abuelas que había en el aula. Algunas fueron muy buenas relatando, pero otras no tanto. Al salir de allí, todos la felicitaron por tener una abuela tan increíble. Klara fue la niña más feliz aquel día, y se fue caminando a su casa junto a su querida Abuelita de alambre.

Fin.

